

A la niña, la finaíta, la armaron en mi patio. Pusieron un toldo en mi sitio, detrás de mi dormitorio, en una tierra plana. Allí los policías fueron armando el cuerpecito de la niña. Yo no la vi. Si escuché todo lo que hablaban entre ellos mientras sacaban sus partes de las cajas en que la metió este desgraciado.

El jueves 6 de agosto de 2020, Carlos Vera Rodríguez, entonces de cincuenta y nueve años, se maldijo por no haber levantado una reja para demarcar su propiedad, colindante con la de María Inés Pérez. Había analizado comprar unos metros de malla y estacas para dividir sus patios, pero el asunto no le quitaba el sueño. Llevaban décadas siendo vecinos. Bueno, en rigor, algo más que eso: en los años 90 fueron pareja por un par de años, aunque ella es quince años mayor que él. La ausencia de un muro en ese entonces facilitó la relación. Cuando terminaron, él tuvo la intención de separar también los terrenos. Luego olvidó el tema.

Tal vez si hubiera vivido en Santiago habría tenido prisa en proteger su territorio. En Villa Alemana no. La comuna en la que reside "es un lugar tranquilo". Está convencido de que es así. Lo dice varias veces, como si estuviera recitando una plegaria. ¿Quién no lo ha hecho? Repetir una historia hasta creerla cierta o al menos posible; rezar, da lo mismo a quién, para ahuyentar el miedo.

Su casa blanca, de piso de cemento y paredes que combinan ladrillos y madera, está a pocas cuadras de la Estación Peñablanca del tren que une Limache y Valparaíso. Es un sector de personas trabajadoras que han construido viviendas sólidas con ampliaciones de materiales menos nobles en medio de jardines frondosos y árboles frutales.

Lleva años viviendo solo cerca de la cima de la empinada calle Covadonga, casi a los pies del Cajón Lebu, sin muchos sobresaltos. A veces, es cierto, algún hecho altera la rutina: el choque contra un poste de un conductor que baja muy rápido por la pendiente pronunciada; una discusión entre borrachos. Otras, quizá por aquel mito de que la ciudad está emplazada sobre una placa de cuarzo que perturba la mente de las personas, ocurren cosas más graves: un joven mata a tres personas para quedarse con una herencia; la búsqueda de un profesor de Peñablanca concluye cuando aparece su torso quemado en una playa de la región. Aun así, Villa Alemana, la ciudad de la eterna juventud, sigue siendo, según Carlos, un lugar tranquilo.

[...]

A fines de abril de 2016, su su-puesta serenidad pueblerina se quebró por un par de semanas cuando Hugo Humberto Bustamante Pérez, de cincuenta y un años entonces, el único



Lecturas & Documentos

La niña Ámbar

Ámbar Cornejo fue asesinada por un psicópata que había salido con libertad condicional. Pero también fue víctima de un aparataje estatal de protección que la dejó en el desamparo. El libro de Ivonne Toro reconstruye su corta y trágica vida.

hijo varón de María Inés, la vecina, se transformó en uno de los 2.904 condenados que ese semestre fueron dejados en libertad condicional por las distintas cortes de Apelaciones del país.

[...] Bustamante cumplía una pena de 27 años por el doble homicidio de Verónica Vásquez Puebla y su hijo Eugenio Honorato Vásquez, Quenito. Los mató en enero de 2005 y los ocultó en un tambor grande (un barril de plástico). Verónica, su pareja de aquella época, tenía cuarenta y nueve años, y el niño nueve. El fiscal Alejandro Ivelic Mancilla y su abogada asistente, María Paz Bertolucci, pidieron cadena perpetua por considerar ambos homicidios como calificados, pero el Tribunal Oral en Lo Penal de Viña del Mar los juzgó como simples, sin premeditación ni ensañamiento.

El Ministerio Público no buscó la nulidad de la sentencia. En el juicio, un peritaje del Servicio Médico Legal había consignado que Bustamante era

inimputable sobre la base de una epilepsia que él se había inventado. Un nuevo proceso abriría el riesgo de que lo eximieran de responsabilidades. Así, alcanzó a cumplir once años de presidio y fue liberado. La desidia del psiquiatra que lo examinó y la normativa de la época lo favorecieron.

[...]

Estos antecedentes no fueron considerados en 2016 por la comisión de la Corte de Apelaciones de Valparaíso que revisa los casos susceptibles de beneficiarse de libertad condicional en la región, cuando se determinó que era apto para ello. La ley establecía que quienes tuvieran más de veinte años de castigo, buena conducta y la mitad de la pena cumplida tendrían derecho a salir. Gracias a esta norma el artículo 3 del Decreto Ley 321, hoy derogado, la noche del 29 de abril el Gominola, como llamaban en prisión a Bustamante, salió de prisión y emprendió el camino hacia el hogar de su madre en su antiguo barrio.

El grupo de WhatsApp del vecindario se llenó de mensajes atemorizados. La Junta de Vecinos Peñablanca Norte reunió firmas para pedir al alcalde que impidiera el retorno de Bustamante. Fue en vano: aquel hombre estaba, según la justicia, listo para reinsertarse en la sociedad. Era una persona libre y podía deambular por

(Continúa en la página 14)

(Viene de la página 13)

donde quisiera.

En casa de Bustamante, su mamá, algunos sobrinos y una de sus tres hermanas, Damaritza conocida por todos como Damaris, organizaron un asado para celebrar. Proclamaron que estaban frente a un hombre nuevo, rehabilitado, que merecía una segunda oportunidad. [...] “Ya pagó. No hay que hacer leña del árbol caído”, repetía María Inés cuando escuchaba algún comentario contra su hijo.

Hugo ocupó la última casa de las cuatro construcciones que tiene su madre en su terreno de Covadonga 641 [...]. La del frontis era de Damaris y los suyos, la segunda de María Inés, la tercera se arrendaba a un español, Jaume Vila, y Hugo se instaló en la del fondo, situada a 27,6 metros de la entrada principal. Es pequeña: un dormitorio, un baño, comedor y cocina juntos.

El recelo no era sólo de vecinos como Carlos. Ingrid, también hermana de Bustamante, que vivía en otro sector de Villa Alemana, consideraba que era un riesgo convivir con ese “sádico” y le rogaba a su madre que lo mantuviera lejos.

[...]

En esos días agitados en que todos vigilaban los pasos de Bustamante, alertándose de sus horarios y apariciones y pidiendo a Carabineros reforzar la seguridad en la cuadra, Carlos Vera reflexionaba sobre si era oportuno construir una cerca. No deseaba encontrarse con Hugo al regar las plantas y no quería ni imaginarse al exconvicto entrando en su casa sin permiso. Lo frenaba la inversión que debía hacer y el cansancio. Le pesaban las deudas, sus viejas heridas y sus casi sesenta años.

Por eso fue un alivio cuando vio en la calle, cara a cara, al famoso Asesino del Tambor. Era el mismo Hugo “de malas costumbres” que él había conocido antaño, de su porte, moreno, poco comunicativo, cabizbajo, pero no parecía una amenaza. Su impulso separatista se desvaneció. Pasaron los meses y la presencia del homicida dejó de llamar la atención de Carlos y del resto de la comunidad. Bustamante, que al principio evitaba transitar por Covadonga y cruzaba por una quebrada para bajar por una calle paralela hacia la Estación Peñablanca para tomar el metrotren, poco a poco fue dejando atrás el pudor de ser visto. Comenzó a comprar en los minimarkets cercanos y a saludar a quienes lo observaban; abrió varios perfiles de Facebook con su nombre, apellido y fotografías; tuvo algunos romances, empezó a trabajar de guardia de seguridad. Se convirtió en uno más.

Así, las casas de Vera y de Bustamante sólo quedaron delimitadas por una línea imaginaria, que cuatro años



Ficha de autor

Ivonne Toro es periodista de la Universidad Católica de Chile. Ganadora del Premio Periodismo de Excelencia, ha trabajado para medios como La Nación, La Tercera, The Clinic, Ciper y El Mostrador.

más tarde un funcionario de la Brigada de Homicidios de la Policía de Investigaciones (PDI) de Valparaíso traspasó sin problemas para pedirle al primero un favor: que le autorizara a usar en su patio un espacio llano sin visibilidad desde la calle atestado de curiosos y prensa, para realizar labores forenses.

“Sí, claro. Lo que necesiten”, dice Carlos que les respondió, y alcanzó a observar, antes de que le pidieran “despejar el área”, cómo el personal de la PDI montaba rápidamente una carpa y trasladaba tres coolers azules con tapas blancas desde la vivienda contigua hacia su terreno.

Entendió, sin pedir ni recibir explicaciones, que estaba presenciando algo siniestro. En esos recipientes, eviscerado y fragmentado en quince piezas, estaba el cuerpo de Ámbar.

[...]

Ámbar Denisse Cornejo Llanos desapareció la mañana del miércoles 29 de julio de 2020.

Ese día, Maritza Andrea García Marín (Andrea para sus vecinos y amigos; así figura en el chat de WhatsApp de la época) llamó con insistencia a su teléfono celular sin conseguir contactarla. La mujer estaba de manera informal a cargo de ella: su padre, Manuel García Queirolo, había sido pareja de la mamá de Ámbar, Denise Llanos Lazcano. Ámbar estaba distanciada de su familia y necesitaba un techo. Maritza, que trabajaba en un centro estético, se lo había otorgado.

A las 23:05 Maritza escribió en el grupo de WhatsApp de la Junta de Vecinos Peñablanca Norte que la joven estaba extraviada: “Buenas noches, vecinos, disculpen. Necesito saber si alguien sabe de esta niña. Tiene 16 años. Está perdida desde las 9 de la mañana. Se fue a juntar con su mamá a la casa de Hugo, hermano de Damaris.

Su mamá la llamó para, supuestamente, entregarle un dinero. Ahora yo llamo a su mamá, que es Denise, y me corta. No está de más decir que ella dejó a su hija Ámbar botada siendo menor de edad por irse a vivir con esta persona que se llama Hugo Bustamante. El teléfono de Ámbar está apagado desde la mañana. Estamos preocupados y, por lo que se ve, a su madre no le interesa. Cualquier información se agradece”.

El mensaje adjuntaba una fotografía en la que Ámbar sonríe y mira directamente a la cámara con la cabeza inclinada y el mentón levantado, el pelo castaño medio tomado en un moño y las manos en las caderas. [...] Maritza dice que esa foto la refleja: tiene un aire entre desafiante y desvalida. Y era las dos cosas.

[...]

Horas más tarde, la madrugada del 30 de julio, Maritza acudió a la Sexta Comisaría de Villa Alemana a interponer una denuncia por presunta desgracia. El país enfrentaba ya cinco meses de la pandemia por covid-19. Ámbar, que había sido asidua de discotecas y bares, estaba, como todos, encerrada. No era normal una ausencia tan prolongada.

Después del posteo de Maritza la información se esparció rápido a través de las redes sociales: hay una joven perdida, su nombre es Ámbar. Tiene dieciséis años y mide 1,66. Es delgada, de tez blanca y ojos café. Tiene tres tatuajes: un corazón en el antebrazo derecho, una flor en la mano, un diablito en el brazo izquierdo. Y hay un hombre con un prontuario escabroso que podría estar involucrado.

Mariana (nombre ficticio), la exesposa de Hugo y madre de su hija, se estremeció al enterarse. Sólo sus amigos saben de su vínculo con Busta-

mante. Uno de ellos la llamó para informarle de lo que estaba ocurriendo. “Fue él, él la mató. La niña no ha salido de la casa. La tiene en la casa”, se dijo a sí misma.

En Curauma, a algunos kilómetros de Villa Alemana, Betsabé Barahona González, la mejor amiga de Verónica, una de las primeras víctimas conocidas de Bustamante, dice que tuvo la misma certeza. “¡La tiene debajo de la casa! ¡Este sádico lo hizo otra vez! le gritó a su marido. ¿Qué puedo hacer? ¿Denunciar? ¿Qué le voy a decir a la policía? Oigan, busquen debajo de la casa. O tal vez aún está torturándola. Con Verónica no se supo bien todo lo que pasó. A Verónica le faltaba la lengua”.

Mariana y Betsabé tuvieron razón al anticipar el horror.

A otro ritmo, más pausado, avanzó la investigación policial. Si bien la PDI estuvo en más de una oportunidad en el lugar donde Bustamante violó, asesinó y descuartizó a Ámbar, sólo tras ocho días de búsqueda, con la confesión incompleta de Denise, que omitió su participación, se conoció el destino de la adolescente.

[...]

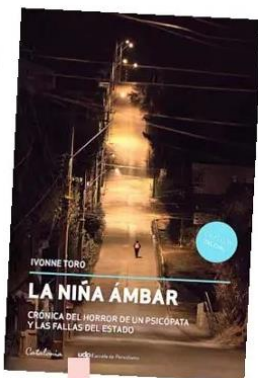
Los forenses reconstruyeron su final tras encontrar los restos: murió por asfixia por sofocación manual, fue agredida en la cara y el cuerpo, fue violada, su cadáver fue desmembrado y sus órganos internos removidos. Bustamante envolvió la cabeza de la niña en un plástico y, tal como había hecho con Verónica y Quenito, le introdujo una tela en la boca, en su caso un calcetín blanco.

Ella luchó por su vida. El victimario usó toda su fuerza y violencia para matarla. Ámbar sufrió de todas las maneras posibles explica el médico forense Fernando Rodríguez André, quien realizó la autopsia de la joven en el Servicio Médico Legal de Valparaíso.

Hugo Bustamante fue condenado a cadena perpetua por el Tribunal Oral en Lo Penal de Viña del Mar como autor de ese crimen y de otros espantos. La mató porque es, según informes psiquiátricos, un psicópata, alguien incapaz de sentir empatía o culpa. Y porque podía hacerlo: Ámbar estaba indefensa mucho antes de acudir ese 29 de julio, alrededor de las nueve de la mañana, a la casa que su mamá y su hermanastro compartían con Bustamante.

El trayecto que hizo Ámbar desde la vivienda donde vivía de allegada hasta donde murió es de apenas 540 metros, pero en un largo camino de vulneraciones y abandonos.

Cuando tenía tres años, la Oficina de Protección de Derechos alertó sobre una posible situación de negligencia grave referida a ella y sus hermanos: Rafael (nombre ficticio), un año



«La niña Ámbar. Crónica del horror de un psicópata y las fallas del Estado», Ivonne Toro, Catalonia, 2024. 304 páginas.

menor que Ámbar, y Constanza, quien falleció en 2007 a los cuatro meses de vida. Un año después fue trasladada junto a su hermano a una residencia porque en su hogar no recibía los cuidados básicos y estaba en riesgo.

A los siete años comenzó a ser abusada sexualmente por la entonces pareja de su mamá, el padre de Rafael. A los ocho años les contó a sus profesoras de esas vulneraciones. A los nueve, el Centro Antihue, especializado en reparación de maltrato grave, definió a su madre como un “obstáculo” para su recuperación y pidió que quedara bajo la custodia de su abuela.

A los doce, el Tribunal de Familia de Villa Alemana le devolvió el cuidado de Ámbar a Denise, pese a los informes que advertían que ella no garantizaba “su seguridad psicológica mínima”. A los quince, el hombre de más de sesenta años con quien Ámbar vivió hasta el día de su desaparición fue denunciado como delincuente sexual. A los dieciséis, Bustamante y Denise, su propia madre, planificaron cómo asesinarla.

Durante trece años, distintos organismos del Estado estuvieron al tanto de que Denise no la protegía, la maltrataba y hasta hubo indicios de que la prostituía. Durante trece años se hicieron pocos esfuerzos por detener los abusos. Doce jueces del Tribunal de Familia de Villa Alemana decidieron en distintas instancias sobre su destino, en más de una ocasión pidieron diligencias y tomaron resoluciones sobre su vida, algunas desastrosas. Por ejemplo, pese al cúmulo de evidencias que advertían del peligro que significaba Denise para Ámbar, en 2016 le devolvieron la custodia a su asesina.

[...]

Ámbar estaba sola y lo sabía: “Mi mamá me dejó en noviembre del año pasado por un weón asesino, sicópata. No estubo en Navidad conmigo. Año Nuevo, tampoco. No me dijo feliz cumpleaños ni puta, hija, que te vaya bien en el liceo. No hablo con ella ni con mi hermano porque están con un weón que mató a una mina y a un niño chico. Los cortó en trozos y

los metió dentro de un tambor. Mi abuela no me quiere; mi tía no está ni ahí conmigo, y a mi papá tampoco le importo”, le escribió, meses antes de morir, a una amiga en Instagram.

Cuando vio acercarse ese 6 de agosto a los funcionarios de la PDI, Carlos Vera temió que lo detuvieran; que, si Ámbar estaba muerta, él iba a ser acusado. Pudo ver por unos segundos su vida tras las rejas. Sacudió con fuerza la cabeza, como si ese gesto sirviera para exorcizar los malos augurios. [...] “Virgencita de Lo Vásquez, protégeme”, le rogó a la imagen que cuelga sobre su cama junto a una foto carnet de su mamá.

Suspiró aliviado cuando los funcionarios le pidieron usar el espacio bajo el pulto seco y las cañas, pero el consuelo duró muy poco: al rato lo vio acercarse con las cajas para conservar los alimentos fríos que Hugo y Denise usaban para vender desayunos y almuerzos en la Feria El Belloto, y comprendió que el mal tiene dimensiones que él, “un hombre bueno y sano”, no podía ni siquiera imaginar.

Mientras los policías instalaban sus instrumentos para realizar las diligencias en el cadáver, Carlos pensó en tres cosas. No está convencido de si hubo un orden o de si todos sus temores se agolparon y se mezclaron sin mucha lógica. Recordó, dice, el ruido constante que había escuchado desde la casa de Bustamante la noche del 29 de julio, alrededor de las once y media de la noche. [...]

Esos golpes, esos clap, clap, clap molestos que asoció con alguien trabajando, de pronto se transformaron en un recuerdo inquietante. Ese ruido tenía ahora otro significado. Era un ruido de muerte. Quiso huir, cruzar las rosas y el parrón del antejardín, salir a la calle y perderse un rato entre todas las personas que esperaban afuera la información que él, sin quererlo, ya tenía.

No, no era una buena idea. [...] Se quedó quieto, miró por diez, tal vez quince minutos, sus cuadros y sus figuras de perros y gatos, de esas que mueven el cuello eternamente.

[...]

Y se acordó también de la cerca. Volvió a reprenderse por haber mantenido abierto el terreno. Por ese error tenía a la “pobre finaíta” a unos metros y escuchaba, aún con su viejo televisor encendido, lo que decían los detectives. Las paredes de terciado de ese sector, dice resignado, no sirven de mucho para aislar del frío y menos para detener las voces.

Por eso fui sabiendo lo perjudicada que estaba la niña. Entonces abrió la puerta trasera y se acercó, titubeante, a uno de los profesionales de la PDI.

“Oiga, disculpe, ¿usted cree que yo pueda cerrar acá después? Me gustaría poner una mallita”.

Lecturas & Documentos